

NIÑOS DE LA GUERRA ESPAÑOLA: LENGUA, MEMORIA E IDENTIDAD EN *SEFARAD*, DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA

María Victoria Martínez
FFYH UNC. Fac. Humanidades UNRC
Córdoba, Argentina
victoriamartinezunrc@gmail.com

Durante varias décadas del siglo XX –las del régimen franquista instaurado en el poder al finalizar la Guerra Civil–, el colectivo español permaneció alejado de los grandes conflictos europeos; por ello, en España no puede hablarse de una memoria del Holocausto o de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, la crítica más reciente subraya el marcado interés en diversos ámbitos de la cultura y la vida social española por ir “más allá de las fronteras: por una cultura común de la memoria europea” (Monmany, 2013). En este sentido destaca *Sefarad. Una novela de novelas* (2001), de Antonio Muñoz Molina, que viene a reinstalar el tema del Holocausto en la realidad social española, al profundizar a lo largo de sus diecisiete relatos en los grandes sucesos que marcaron el siglo XX europeo. A través de diversas voces y recuerdos se conforma un entramado que “enlaza la memoria y la historia española con la europea: historias privadas y “pequeñas” con el gran discurso de la Historia.” (Hristova: 2011: 28) Entre los diversos relatos de *Sefarad* se tiende una red de líneas de sentido común, ligadas a la marginación y destrucción de las guerras, la intolerancia, las persecuciones, los destierros, exilios y migraciones y la vacilante identidad de las multitudes errantes, entre otros temas. Entre la memoria y el destierro se juega, además, otro de los grandes temas de *Sefarad*: el de la problemática identidad de los desplazados. En este orden, nos proponemos estudiar aquí las evocaciones de una voz narradora en femenino –la de “Sherezade”, duodécimo relato del conjunto–, quien devana sus recuerdos como niña de la guerra en la Rusia estalinista, sesenta años después; cobijada en el presente de la historia en un pequeño apartamento madrileño, experimenta allí también extrañeza y ajenidad. El relato –que comienza *in media res*–, transcribe sus palabras, que enhebran distintos episodios, muy lejanos o más próximos, de una extensa y ajetreada vida en unas décadas convulsas de la historia española y europea. Por su discurso desfilan las vivencias de un mundo que ya fue: -expatriada a la Unión Soviética junto a otros muchos niños hijos de familias republicanas, a fin de preservarla de los horrores de la guerra civil española-, en su relato se entremezclan sus recuerdos de la primera infancia asturiana, el compromiso político y afectivo con la patria soviética, la remembranza recurrente de sus familiares ya muertos, la frecuente confusión de las dos lenguas en las que puede expresarse, la incertidumbre de su presente en Madrid; habitante ya para siempre del destierro del desexilio, la anciana se pregunta en este tiempo sobre su propia identidad.

Palabras clave: Memoria – lengua - identidad - *Sefarad* - Antonio Muñoz Molina

Introducción

Según señala la crítica más reciente, en diversos ámbitos de la cultura y la vida social española se observa un marcado interés por reintegrar a España en el marco de una común memoria europea. El contacto intercultural coincide, además, con una *mutación disciplinaria* (Carrasco, 2003: 7) por la cual se observa la traslación de unos discursos a otros, y la desactivación o abandono de los sitios canónicos.

En este orden destaca *Sefarad* (2001), de Antonio Muñoz Molina, una “*novela de novelas*”, que cumple un papel fundamental frente al desajuste en la historia cultural compartida de España con respecto a Europa. En efecto, esta novela tiende un puente cultural esencial al profundizar, a lo largo de sus diecisiete relatos, en los grandes sucesos que marcaron el siglo XX europeo: persecuciones, forzosas migraciones, exilios y desarraigos. A través de diversas voces, recuerdos y relatos conforma un entramado que

“enlaza la memoria y la historia española con la europea: historias privadas y “pequeñas” con el gran discurso de la Historia.” (Hristova 2011: 28)

Durante varias décadas –las del régimen franquista instaurado en el poder al finalizar la Guerra Civil–, el colectivo español permaneció alejado de los grandes conflictos europeos; por ello, en España no puede hablarse de una memoria del Holocausto o de la Segunda Guerra Mundial.¹ Según sostiene Marije Hristova (2011: 7), “la mayoría de los españoles no tuvo experiencias directas con la política exterminadora del Tercer Reich”; sólo aquellos exiliados republicanos destinados a los campos –ya ajenos por completo a la vida peninsular–, conocieron y sufrieron la represión nazi. Los soldados que lucharon en el frente del Este, por su parte, fueron incluidos por el régimen “en la conmemoración de ‘los caídos por España’.” Por ello, Hristova concluye en que “la desmemoria del Holocausto se alinea [en España] con la desmemoria de las víctimas republicanas de la Guerra Civil.” (2011: 3) La novela de Muñoz Molina, así, viene a reinstalar el tema del Holocausto en la realidad social española, recuperada desde los textos icónicos de la literatura europea, los de los testimonios directos de los afectados (Hristova 2011: 4-5). Entre la memoria y el destierro se juega, además, otro de los grandes temas de *Sefarad*: el de la problemática de la identidad.

La estructura de *Sefarad. Una novela de novelas* (2001), está planteada siguiendo principios básicos de la oralidad: es “narrada como el que cuenta una historia, que a su vez se ramifica en otras, y que adopta distintas voces y emociones” (Valdivia 2013: 776-7). Para su composición, el autor apeló a recordar, conectar, hilvanar y reescribir multitud de historias de diversa procedencia, ligadas con su experiencia personal; cada una de estas historias –relatadas por diversas voces narradoras desde distintos puntos de vista, y enriquecidas por múltiples estrategias discursivas–, constituyen un capítulo de la novela total y están sutilmente enlazadas mediante algunas referencias y veladas alusiones. En efecto, entre los diversos relatos de *Sefarad* se tiende una red de líneas de sentido común, ligadas a la marginación y destrucción de las guerras, la intolerancia, las persecuciones, los destierros, exilios y migraciones, la vacilante identidad de las multitudes errantes, etc.

En una “Nota de lecturas” incluida al final del libro, Muñoz Molina especifica las fuentes de las novelas que componen *Sefarad*; en algunos casos, textos escritos –libros de historia, memorias, autobiografías–; en otros, relatos orales escuchados por el autor en diversos momentos de su vida, que fueron sumándose lentamente al acervo memorial, histórico y emocional que constituyó finalmente el entramado final de un texto que dialoga, infatigablemente, con otros textos.

En el cuerpo de la novela son frecuentes las referencias metatextuales, por las que el autor reflexiona acerca de los procedimientos narrativos empleados, ya que en la trama de *Sefarad* se combinan de manera recurrente elementos autobiográficos, ficcionales, la meditación ensayística, la especulación histórica, la indagación metaliteraria, entre otros. (López Navarro 2006: 76)

Una técnica empleada a menudo es la de conjeturar las vidas posibles de sus personajes –en muchos casos tomados de fuentes históricas reales–, para recrear desde su personal perspectiva creadora las experiencias, emociones y recuerdos que imagina empáticamente habrán experimentado, frente a los sucesos puntuales referidos. Una serie de “imprecisiones calculadas”, que diluyen intencionadamente los límites entre lo recordado y lo inventado-, dan lugar a la expresión de “un yo fluido, múltiple, capaz de

¹ Según escribe Alejandro Baer (2011: 502), “Diversos sociólogos han planteado que el Holocausto se ha convertido en una memoria globalizada y cosmopolita (Levy y Sznajder 2002; Alexander 2002), es decir que el vínculo con este pasado va más allá de los colectivos o las naciones afectadas o responsables, trascendiendo los estables marcos sociales que para Halbwachs (1968) configuran las memorias colectivas. Según sostienen estos autores, el recuerdo global del Holocausto se configura en un imperativo político y moral universal en torno a valores como los derechos humanos, la tolerancia y el pluralismo, que son compartidos por individuos más allá de barreras nacionales, étnicas o culturales. Al mismo tiempo, el Holocausto se convierte en una metáfora proyectiva invocada con cada vez mayor frecuencia en conexión con otros eventos trágicos del pasado o el presente.”

habitar la vida y el recuerdo de los otros” (Valdivia 2013: 667-680), nutrido de “las experiencias emocionales del autor para poder transmitir con mayor eficacia su verdad narrativa.” La historia total resulta, así, la “suma de las memorias compartidas” (Valdivia 2013: 777-82).

El conflicto identitario en “Sherezade”

En este orden, nos proponemos indagar en los procedimientos técnicos de construcción de la voz narradora de “Sherezade”, así como en el conflicto identitario evidenciado por el sujeto hablante.

En este duodécimo relato, una anciana mujer española toma la palabra, en un ejercicio retórico continuado, para referir sus vivencias de un mundo que ya fue. Por él desfilan sus experiencias como niña de la guerra en la Rusia estalinista –expatriada junto a otros muchos niños a fin de preservarla de los horrores de la guerra civil española–, mechadas con sus evocaciones de la primera infancia asturiana; su compromiso político y afectivo con la patria soviética, el recuerdo recurrente de sus familiares ya muertos, la frecuente confusión de las dos lenguas en las que puede expresarse, la incertidumbre de su presente en Madrid, en donde también experimenta extrañeza y ajenidad. Habitante ya para siempre del destiempo del desexilio, la anciana se pregunta en su presente sobre su propia identidad.

El relato –que comienza *in media res*–, transcribe las palabras de una voz narradora femenina, que al hilo de su propia evocación enhebra distintos episodios, muy lejanos o más próximos, de su extensa y ajetreada vida en unas décadas convulsas de la historia española y europea:

Estaba tan nerviosa según cruzábamos aquellos salones dorados que me temblaban las piernas y hubiera querido apretar la mano de mi madre, que iba un poco delante de mí, muy seria y callada, como todos los de la comitiva (...) estábamos en diciembre, el 21 de diciembre de 1949, el día del cumpleaños de Stalin, y todos nosotros íbamos a tener la oportunidad de felicitarlo, en nombre de nuestro partido y de los obreros españoles, con más solemnidad que otras veces, porque eran setenta años los que cumplía, y aquel aniversario fue una gran fiesta para todos los comunistas y los trabajadores del mundo. (524)²

La exposición de su relato, en el que abundan las marcas propias de la oralidad,³ se construye aparentemente sin pensar ni planificarlo. Tal como ella misma asevera en distintos momentos:

Me siento aquí y empiezan a venir los recuerdos, y me parece mentira que me hayan pasado a mí tantas cosas, y que yo haya estado en esos sitios tan lejanos, en el mar Negro y en Siberia, en el Círculo Polar Ártico, pero también aquí estoy lejísimos, aunque me encuentre en Madrid, porque Madrid está muy lejos de Moscú... (529)

Me siento aquí y me acuerdo de él, me viene el recuerdo sin que yo haga nada, como si se abriera la puerta y entrara tranquilamente mi hermano, con aquel aplomo risueño que tenía... (531)
... y me acuerdo de los ojos de mi padre brillando en la cara oscurecida de polvo de carbón... (540)

Yo lo único que quería es lo que he querido siempre y nunca he conseguido, vivir tranquila, tener mi casa, arreglarme con poco y no llevarme sobresaltos, pero no ha habido modo, los recuerdos más antiguos que tengo son ya de mudanzas a toda prisa y de noches en los bancos de las estaciones... (541)

² En las citas de *Sefarad* consignaremos sólo el número de página, correspondiente a la edición referida en la bibliografía final.

³ Se trata en este caso de un discurso “prototípicamente oral”, en términos de Llamas Saíz (2005: 402-3), en tanto en él están presentes ciertos parámetros específicos: la espontaneidad, la copresencia de los interlocutores, el conocimiento mutuo y un saber compartido, la participación emocional y la mutua cooperación para sostener la comunicación de sucesos cotidianos, con predominio de la función socializadora.

...me quedo sentada mano sobre mano oyendo pasar los coches por esa carretera y empiezo a acordarme de cosas, pero no es que yo me empeñe, es que los recuerdos vienen a mí y se encadenan los unos con los otros, como las cuentas del rosario entre los dedos... Veo las caras de la gente, escucho sus voces, me quedo quieta y se va haciendo oscuro y me parece que entran por esa puerta y se sientan a mi lado, y también oigo las músicas... (549)

La narradora repasa, de manera no deliberada, numerosas escenas de su pasado que reaparecen vívidamente en el presente; estamos aquí ante un ejercicio de “memoria involuntaria”, según la designara Marcel Proust. En efecto, para Proust la memoria involuntaria establece una conexión muy estrecha entre cierta sensación presente y otra previa, similar, espontáneamente evocada. Al producirse la sensación presente, de alguna manera se *revive* el pasado; por ello, la memoria involuntaria está “más cercana a la verdad que el entendimiento mismo, pues en ella es el objeto el que produce las correspondencias, no el sujeto” (Herrera, 2006: 206). En el contexto de la novela que estudiamos, la evocación involuntaria de la informadora funciona como un mecanismo más de los elegidos por Muñoz Molina para autorizar el testimonio narrado, a la vez que reforzar su veracidad. Pues según Proust la Literatura *traduce* el lenguaje de los objetos, aprehendido por la memoria involuntaria, al lenguaje humano; de tal modo que ésta resulta, en definitiva, “una manera, tal vez la más fructífera, de representar la verdad” (Herrera, 2006: 206).

Por la utilización de algunos deícticos personales colegimos, por otra parte, la presencia de un interlocutor mudo –un narratario, que escucha y realimenta mediante algunos gestos el fluir de sus evocaciones–, con el que comparte vivencias comunes, según evidencian ciertas apostillas de la narradora: “Pero veo que usted pone mala cara, aunque quiera disimular, no crea que no sé lo que está pensando.” (534); “Judíos, sí señor, no me mire con cara rara, como si no hubiera oído hablar de eso nunca, ¿no sabe que hubo un complot de médicos judíos para asesinar a Stalin?” (535); “Y los cuadros pequeños, ya me había dado cuenta de que no paraba usted de mirarlos, son dibujos que hacía Alberto Sánchez, con lo que tenía a mano.” (547)

En su relato, entretrejado de sentimientos y emociones, utiliza a veces expresiones coloquiales que evidencian, así también, la callada participación afectiva del narratario: “Mire usted lo que fueron, o lo que fuimos, porque yo he sido ciudadana soviética, y mire cómo está ahora el país.” (534); “No recuerdo dónde se quedó mi caja de música, vaya usted a saber en qué mudanza la perdí.” (550)

En este orden, a partir de la figura muda del tú narratario, la historia presupone y va construyendo un lector modelo (Eco: 1981: 89), cuya cooperación textual produce “efectos de comprensión y compasión, no sólo hacia la trágica historia de la mujer, sino también hacia el colectivo que ella representa.” (Ahnfelt 2008: 109).

La narradora de “Sherezade” –sumida en la confusión de una honda crisis identitaria–, relata su vida procurando compaginar el sentido de tantos sucesos vividos, ahora evocados, “tantas cosas que tengo en la cabeza y que preferiría olvidar”. (550)

Según se desprende de sus palabras, una sensación de desarraigo permanente la ha acompañado durante toda su vida: así, en la evocación de sus primeros años de vida en Asturias, en una pequeña casa cerca de la mina, recuerda que “me eché a llorar cuando tuvimos que dejarla para mudarnos a Madrid, me parecía que me arrancaban el corazón al marcharme de allí”; pues allí quedaban y las amigas y la escuela “que me gustaba tanto”. (542) Al llegar a Madrid, a su vez, a los pocos meses “(...) ya me había acostumbrado y también quería quedarme a vivir allí para siempre” y que “se hicieran amigas más las niñas de la escuela.” (543)

Los sentimientos de miedo y desarraigo se verán enormemente acrecentados cuando la evacuación de España a Rusia, junto a su hermano, durante los años de la Guerra Civil:

cuando yo era niña, antes de que nos mandaran a la Unión Soviética, para unos meses, nos decían, y luego hasta que termine la guerra, pero la guerra terminó y a nosotros no nos

devolvieron, y enseguida empezó la otra guerra (...) nos evacuaron lejísimos, yo no sé cuántos días estuvimos viajando en tren, días y semanas, siempre entre la nieve, y yo pensaba, cada vez me voy más lejos de España, y de mi padre y mi madre. (530).

Según escribe Alicia Alted Vigil⁴, (2005: 266-277)

En la Guerra Civil Española se dio, por primera vez en la historia, el fenómeno de las evacuaciones de niños al extranjero promovidas a nivel de gobierno y con el apoyo de numerosas organizaciones políticas, sindicales y de ayuda humanitaria de diversos países. (...) A la Unión Soviética llegaron cerca de 3000 niños en cuatro expediciones oficiales, entre marzo de 1937 y octubre de 1938. (...) Tras descansar en los campamentos de pioneros, eran distribuidos en alguna de las dieciséis Casas Infantiles que se crearon para acogerlos, en diferentes lugares de la Federación Rusa y en Ucrania; allí tenían cubiertas todas sus necesidades, y recibían enseñanza adecuada al plan educativo soviético, impartida por educadores y personal auxiliar español que les habían acompañado en las expediciones, junto a maestros y cuidadores rusos.

Si bien disfrutaron en principio de un cálido recibimiento y un buen trato general por parte de las autoridades receptoras, esta situación se revirtió cuando el país entró en la Segunda Guerra Mundial:

La invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941, alteró la vida de estas Casas situadas en el eje de penetración del ejército alemán, obligando a una evacuación forzada a regiones del interior, situadas a miles de kilómetros de las zonas donde se encontraban. Fueron años de penurias, de un hambre y frío atroces y de sufrimientos para la población rusa y los niños españoles en particular. (Altred Vigil: 2005. 278)

Aún cuando al final de la contienda las autoridades del nuevo régimen instaurado en España se fijaron como un objetivo político la vuelta a España de los niños deportados - especialmente los que estaban en la Unión Soviética-, éste no resultó un proceso sencillo:

Terminada la guerra en 1945, niños y jóvenes fueron trasladados de nuevo a Moscú donde reanudaron sus estudios o se incorporaron a la vida laboral. En ningún momento se planteó la repatriación de estos niños a España. Tanto el gobierno ruso como los dirigentes del Partido Comunista Español que residían en Moscú, se mostraron contrarios a ella. (...) No se les permitió salir del país ni siquiera para reunirse con sus padres en otros países. Sólo en 1946 un pequeño grupo pudo marchar a México donde estaban sus familias. (Altred Vigil: 2005. 278-280)

El acuerdo logrado para las repatriaciones, una década más adelante, puso en evidencia la ya problemática identidad de muchos de estos jóvenes:

Las repatriaciones oficiales promovidas por los gobiernos español y soviético, tuvieron lugar en 1956 y 1957. Algunos de los que volvieron entonces, regresaron de nuevo a la Unión Soviética, porque no se adaptaron a la vida en España. Desde los años sesenta han vuelto a sus lugares de origen de forma individual. El retorno tras la jubilación ha planteado numerosos problemas en cuanto a la vivienda y a los necesarios medios económicos para vivir, dada la pequeña cuantía de las pensiones. (Altred Vigil: 2005. 280)

Hasta aquí el testimonio histórico que enmarca -desde nuestra perspectiva de lectura-, la problemática identidad patentizada en las palabras de la narradora de "Sherezade"; en efecto, en su relato hay referencias claras al desamparo sufrido en los primeros años de su vida, y a una casi permanente sensación de pérdida de pertenencia, factores que afectan de manera muy profunda la construcción de la identidad personal. (Anhfelt. 2008: 109)

⁴ Alicia Altred Vigil es catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), e investigadora del *Centro de estudios de migraciones y exilios*. Ha publicado numerosas investigaciones centradas en la historia política y sociocultural españolas en el siglo XX, y en el análisis de aspectos teóricos y metodológicos de la Historia del Presente y de la utilización de los testimonios orales, la fotografía y el cine como fuentes históricas.

Su evocación está teñida a veces de cierto encono hacia sus padres, en razón de haberle faltado, desde muy pequeña, un ámbito contenedor de las necesidades naturales de la infancia; así, en su relato se evidencia la temprana carencia de la mínima estabilidad para su desarrollo emocional y social.

De ellos casi no me acordaba, incluso les había empezado a tomar un poco de rencor, me avergüenza decirlo, pensaba que no hubieran debido dejar que me fuera en aquel barco, y les reprochaba que me hubiesen dejado otra vez sola, como cuando se iban a sus reuniones del sindicato o del partido y mi hermano y yo nos quedábamos solos la noche entera, mi hermano pequeño... (530)

Según escribe Pere Amorós Martí, especialista barcelonés en programas de “Acogimiento familiar”, (2003: 21), “las relaciones de apego de los primeros años tienen una crucial importancia (...) por constituir la base y el modelo para relaciones emocionales posteriores (...) [por el contrario] la ausencia de relaciones de apego [estables dan origen a] relaciones de apego disfuncionales...”. La sensación de pertenencia y de vínculos afectivos constituyen, pues, necesidades connaturales de la infancia; en primer lugar, un vínculo con la figura materna y el entorno familiar más cercano.

Más adelante, como parte del desarrollo social de la persona, surge la necesidad de integración con otros grupos; de allí las referencias conflictivas, en el caso que estudiamos, a la distancia con los padres, y el anhelo de relaciones afectuosas con compañeras y maestros en el ámbito escolar, o con los nuevos vecinos en las mudanzas sucesivas.

Yo, en el fondo, y aunque no se lo dijese nunca a nadie, los sueños que tenía de niña eran de pequeña-burguesa, qué diría mi madre si pudiera oírme. Quería tener siempre cerca a mis padres y a mi hermano, ir a la escuela, y de vez en cuando a misa... (543)

... lo poco amiga de novedades y aventuras que era yo de niña, que lo habría dado todo por tener una familia como las demás... (540)

La narradora muestra, así, factores predisponentes a la perturbación identitaria; la que se verá acentuada, por lo demás, por numerosos desplazamientos territoriales. En la relación de los distintos episodios de su historia –ligados frecuentemente a alejamientos forzosos, las más de las veces a lugares remotos–, la narradora utiliza deícticos espacio temporales que dan exacta cuenta de su situación de desorientación general; una desorientación que incide directamente en la labilidad de su conciencia identitaria personal:

Allí he dicho, al referirme a Madrid, como si no fuera en Madrid donde estoy ahora mismo, pero se me olvida muchas veces y me despierto creyendo que estoy en Moscú. Pero si digo allí es como si dijera entonces, porque Madrid era otro, otra ciudad que yo no encuentro cuando salgo a la calle, o cuando me asomo al balcón... (543)

Qué raro haber vivido yo tantas cosas, haber estado en tantos sitios, en Siberia, en un barco que se quedó atrapado en el hielo del Báltico, en aquellas guarniciones de los Urales a las que destinaban a mi marido... (540)

... yo estaba en Moscú la mañana en que dijeron en la radio que Stalin había muerto... me parece mentira haber estado en Moscú esa mañana, haber vivido aquello... me veo perdida entre tanta gente, llorando yo también y abrazándome a alguien, a alguna desconocida... yo sola de pronto, con la cabeza descubierta y el pelo empapado y toda mi barriga delante, perdida en una calle de Moscú que no conocía y en la que no había nadie a quien preguntarle el camino... (536)

La propia narradora es consciente de su desconcierto, al consignar sus frecuentes olvidos acerca del tiempo y lugar en que se halla en el presente. Por ello, cuando dice “allí”, “es como si dijera entonces”, pues los lugares y las cosas ya no son como en su recuerdo, en la distancia espacio temporal todas las cosas han sido transmutadas: “Siempre sueño con cosas de allí, o de hace muchísimos años, de cuando yo era niña, antes de que nos mandaran a la Unión Soviética.” (530); “Hace más de cincuenta años, cómo ha cambiado el mundo, cómo se ha perdido todo lo que defendíamos.” (531); “Aunque han

pasado más de sesenta años, me siento aquí y vienen los recuerdos y también vienen los olores de las cosas y los sonidos que había entonces, y que ya tampoco existen.” (540)

Esta solitaria narradora, como una nueva Sherezade, se narra a sí misma las mil y una historias de su asendereada existencia:

En Moscú me acordaba de Madrid y en Madrid me acuerdo de Moscú, qué voy a hacerle, y si a España la llevo en mi corazón la Unión Soviética también es mi patria, cómo no va a serlo si viví en ella más de cincuenta años, y me duele cuando la insultan (...) Todos los días me levanto muy temprano (...) y al principio no sé si me he despertado en Madrid o en Moscú (...) (548)

Conclusión

En uno de los primeros párrafos de este trabajo habíamos señalado que Muñoz Molina especifica en una anotación final las fuentes de las novelas que componen *Sefarad*. En relación con “Sherezade”, según consta en la “Nota final de lecturas”, el autor agradece “la voz sonora y jovial de Amaya Ibárruri, que una tarde de invierno me invitó a café y me contó algunos episodios de la novela extraordinaria de su vida” (2013: 753)⁵.

Observamos que diversos puntos del relato se corresponden con referencias de la historia personal de la informante: la mención de las frecuentes ausencias de los padres, activos militantes políticos; la primera sensación de desarraigo al abandonar la casa asturiana, prolongada todavía en la estancia en Madrid; el exilio en la URSS, los desplazamientos a puntos cada vez más lejanos de la extensa geografía soviética, la muerte heroica del hermano, el retorno a Madrid muchos años después, y la soledad del presente, entre otros. Líneas isotópicas tendidas por el autor que enlazan la memoria y la historia española con la de su marco cultural, pues las persecuciones políticas, la migración forzosa y el desarraigo del exilio marcaron también buena parte de la conflictiva historia europea del siglo XX.

Ahora bien, aun cuando la historia narrada se origina en estos episodios, “Sherezade” no es el relato biográfico del personaje de existencia real en el que se inspira, pues el yo autorial recrea desde su personal perspectiva el testimonio recogido. Al hacerlo, aúna elementos históricos y ficción literaria, una forma de acercar la narración a sus lectores y moverlos empáticamente en favor de la peripecia reseñada. De esta manera, al recrear referencias de una historia personal relacionadas con episodios muy significativos del pasado español, el autor logra religar un discurso privado particular con el “gran discurso de la Historia”, según habíamos consignado (Hristova 2011: 28).

Anotemos finalmente que el título del volumen, *Sefarad*, alude claramente al exilio como salida forzosa del país sentido hasta entonces como propio. Tal como expresa Isaac

⁵ Amaya Ruiz Ibárruri (1923) es una de los seis hijos de la dirigente comunista española Dolores Ibárruri Gómez, “La Pasionaria.” A partir de la nota del autor interpretamos que “algunos episodios de la novela extraordinaria de su vida” son los que aparecen literaturizados en el relato. Así, los repetidos desplazamientos por distintos puntos de la geografía española, y la sensación de desarraigo consiguiente, pueden relacionarse con la ajetreada vida de la madre de Amaya Ruiz Ibárruri como dirigente del Partido Comunista Español. Las frecuentes ausencias de los padres de la narradora de “Sherezade” pueden vincularse, de igual modo, con los encarcelamientos sufridos por la Pasionaria por su activa militancia en las manifestaciones comunistas, así como por su decidida participación en la vida política española de aquellos años: diputada del PCE por Asturias en las elecciones de febrero de 1936, vicepresidenta de las Cortes republicanas en 1937. El desplazamiento a la U.R.S.S. se relaciona con el exilio de Dolores Ibárruri tras la finalización de la Guerra Civil; mientras que las menciones del hermano de la narradora se corresponden con la referencia histórica de Rubén Ruiz Ibárruri (1920-1942), combatiente de la Guerra Civil Española en el exilio, que alcanzó el grado de teniente del ejército soviético; fallecido en la defensa de Stalingrado, durante la II Guerra Mundial, fue condecorado como héroe de la Unión Soviética. Finalmente, el retorno de la familia a España después de la muerte de Franco, en 1977; y los hijos soviéticos de Amaya Ruiz, aún residentes en su país de nacimiento.

Vide: http://es.wikipedia.org/wiki/Dolores_Ib%C3%A1rruri

Salama, el protagonista de otro de los relatos: “Sefarad era el nombre de nuestra patria verdadera aunque nos hubieran expulsado de ella hacía más de cuatro siglos” (2013: 227). Un exilio originado en circunstancias históricas muy precisas -las del decreto de expulsión de los Reyes Católicos, en 1492-, que dan la pauta para un sentimiento de pérdida irreparable, que marca en todos los casos el tono de las diversas historias. En palabras del personaje mencionado: “España es un sitio casi inexistente de tan remoto, un país inaccesible, desconocido, ingrato, llamado Sefarad, añorado con una melancolía sin fundamento ni disculpa.” (339-40).

Referencias bibliográficas

Fuente

Muñoz Molina, A. (2013), *Sefarad*. Madrid: Cátedra.

Alted Vigil, Alicia (2005) “El instante congelado del exilio de los niños de la guerra civil española”, en *DEP. Deportate, Esuli, Profughe. Rivista telemática di studi sulla memoria femminile*. N° 3, pp. 263-281. En: www.unive.it/media/allegato/dep/.../26-El_instante_congelado.rtf

Amorós P., Jesús Palacios, Núria Fuentes, Esperanza León y Alicia Mesas (2003), *Familias canguro. Una experiencia de protección a la infancia*, Obra Social Fundación La Caixa. Colección de Estudios Sociales, volumen 13. http://obrasocial.lacaixa.es/estudiossociales/vol13_es.htm (16-09-2014)

Ahnfelt, V. (2008), *La recuperación de la identidad en la novela Sefarad de Antonio Muñoz Molina*, Tesis doctoral, Stockholm University: kau.diva-portal.org/smash/get/diva2:623896/FULLTEXT01.pdf (16-09-2014)

Baer, A. (2011), “Los vacíos de *Sefarad*. La memoria del Holocausto en España”, *Política y Sociedad* (Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid), 48, 3. Pp. 501-518. <http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/36416/36918> (15-09-2014)

Carrasco Muñoz, I. (2003), “La antropología poética como mutación disciplinaria”, *Estudios Filológicos*, 38. Pp. 7-17: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0071-17132003003800001 (08-08-2014)

Eco, Umberto (1981), *Lector in fabula: La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.

Hristova, M. (2011), *Memoria prestada. El holocausto en la novela española contemporánea: los casos de Sefarad de Muñoz Molina y El comprador de aniversarios de García Ortega*, Tesina de maestría doctoral en Filología hispánica. Universidad de Ámsterdam: https://www.academia.edu/1618441/Memoria_prestada._El_Holocausto_en_la_novela_espanola_contemporanea_los_casos_de_Sefarad_de_Munoz_Molina_y_El_comprador_de_aniversarios_de_Garcia_Ortega (08-08-2014)

López Navarro, M. (2006), “Estudio crítico de *Sefarad. Novela de novelas*”. En: *Annali Online di Ferrara. Lettere*. Vol 2. Pp. 75-111. <http://annali.unife.it/lettere/article/viewFile/91/46> (02-10-2014)

Monmany, Mercedes (2013). Conferencia "Mas allá de las fronteras: por una cultura común de la memoria europea." Aula de Religión y Humanismo. Universidad de Córdoba, España. 5 de noviembre.

Muñiz-Huberman, A. (2006), "Exilios olvidados: los hispanoamericanos y los hispanojudíos", *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*.
http://books.google.com.ar/books?id=NPnDxMEjx5kC&printsec=frontcover&dq=Escritores,+editoriales+y+revistas+del+exilio+republicano+de+1939.&hl=es&sa=X&ei=3BVZVJfIOfi_sQTUpIDgAw&ved=0CBoQ6AEwAA#v=snippet&q=exilios%20olvidados&f=false (12-09-2014)

Valdivia, P. (2013), Edición e introducción a *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina. Madrid: Cátedra. Pp. 13-151.

Vite E. (2012) "Por los caminos de la memoria en la obra de Marcel Proust", *Estudios* 101, vol. X, verano 2012. Pp. 35. Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM. Instituto Tecnológico Autónomo de México.
<http://biblioteca.itam.mx/estudios/.../EdgarVitePorloscaminosdelamemoria.pdf>

Wikipedia. La enciclopedia libre. Artículo "Dolores Ibárruri".
http://es.wikipedia.org/wiki/Dolores_Ib%C3%A1rruri. Consultado 6/12/2014.